

*C*lara avanzó con rapidez por las transitadas calles de la ciudad para detenerse repentinamente en el preciso instante en que sus ojos se enfrentaron a la mágica visión de aquel monumento. Ella había visto ese edificio en infinidad de ocasiones, pero un escalofrío recorría su cuerpo cada vez que miraba cada una de las piedras del monumento, que había sobrevivido al paso de casi dos mil años.

Aunque en un primer momento recibió el nombre de anfiteatro Flavio, pasó a llamarse Coliseo en honor a una enorme estatua situada junto a él: el coloso de Nerón. Con un aforo de cincuenta mil personas, alojadas en ochenta gradas, aquel edificio había sido testigo no solo del esplendor de Roma sino también de su decadencia y desaparición a manos de los bárbaros. Incluso había estado a punto de desaparecer durante la Edad Media, cuando sus piedras fueron utilizadas para

levantar otros edificios. Afortunadamente, acabó convertido en un santuario en honor a los cristianos que perdieron la vida en él por defender sus creencias religiosas, lo que había salvado al monumento de la completa destrucción.

Movida por una inexplicable necesidad de acceder al interior, Clara sacó el documento que la acreditaba como trabajadora del ministerio de cultura, evitando así una larga cola, y avanzó con paso firme hasta una de las zonas de entrada al Coliseo.

Como si fuera uno de los miles de turistas que acudían cada día a aquel lugar, Clara se sentó en una de las piedras que, siglos atrás, formaron uno de los asientos donde muchos romanos disfrutaron de cientos de espectáculos teñidos del sudor y de la sangre de quienes se enfrentaban a otros hombres con el único objetivo de salvar la vida. El lugar que ella había elegido, al estar cerca de la arena, sería, sin duda, uno de los reservados al emperador y a los senadores porque, a medida que se ascendía, los asientos eran ocupados por los estratos inferiores de la sociedad.

Luego dirigió su vista al cielo tratando de tranquilizarse y olvidar el asunto que llevaba días ocupando

su mente. Pero su teléfono comenzó a sonar. Clara se apresuró a contestar con rapidez, algo avergonzada ante la posibilidad de que la melodía hubiera estropeado el mágico momento que un visitante, como los que estaban a su alrededor, vivía mientras contemplaba los restos de uno de los lugares más importantes de la Antigua Roma.

Una vez que colgó, una sonrisa se dibujó tímidamente en su rostro ante la emoción por el acontecimiento que, definitivamente, tendría lugar en poco más de una hora, tal y como había confirmado la llamada que acababa de recibir: faltaba muy poco tiempo para conocer un nuevo capítulo de la historia de Roma.

Días antes, varios arqueólogos que excavaban en la residencia del emperador Augusto habían localizado, a nueve metros de profundidad, la gruta de Rómulo y Remo donde, según la leyenda, ambos hermanos fueron amamantados por una loba.

Esa gruta había sido escenario de una festividad anual, los Lupercales, que se celebraban cada quince de febrero y en los que un grupo de sacerdotes, llamados lupercos, sacrificaban varios animales bajo la higuera cuyas ramas detuvieron la cesta en la que

navegaban Rómulo y Remo. Luego, con la piel de los animales, los sacerdotes fabricaban unas tiras con las que golpeaban a todos los que encontraban a su paso con la intención de purificarlos, sobre todo a las mujeres porque pensaban que este rito aumentaba su fertilidad. Con el tiempo, la ubicación de la gruta se perdió, aunque todas las conjeturas apuntaban a que estaba en algún lugar del Palatino.

Mientras salía del Coliseo para proseguir su camino hacia una de las siete colinas de Roma, Clara apreció que la temperatura era realmente alta en aquel mes de julio, mes que, curiosamente llevaba el nombre del hombre más famoso de todo el Imperio Romano, y al que ella más admiraba. Aunque este mes del año había recibido anteriormente el nombre de quintilis, fue sustituido en honor de Julio César, pues ese había sido el mes de su nacimiento.

Al pensar en aquel hombre, Clara sintió una mezcla de admiración y respeto. A lo largo de la Historia, habían sido muy pocos los elegidos para realizar gestas tan gloriosas como las alcanzadas por aquel general que llegó a dominar el mayor imperio conocido por la civilización a la que había dedicado toda su vida de

investigación. Por eso era tan importante para ella el descubrimiento que los arqueólogos habían realizado a principios de esa semana y que culminaría con la inspección de la gruta que tendría lugar en escasos minutos.

Al llegar a la casa del emperador Augusto, observó que todo estaba dispuesto para que la cámara comenzara a grabar el interior de la gruta, situada a nueve metros de profundidad. Debido a la fragilidad del recinto, se había hecho un estudio previo mediante escáneres. Finalmente, se había autorizado la perforación y podrían introducir una sonda con una cámara que les permitiría estudiar el interior del recinto.

Cuando todo estuvo dispuesto, Clara se acercó a la pantalla que reproduciría las imágenes grabadas. Aunque estaba muy nerviosa, fijó su mirada en lo que parecía una pequeña sala circular, de unos siete metros de diámetro que estaba decorada con un mosaico con motivos geométricos.

Durante varios minutos, Clara observó cada detalle de aquel recinto, sin poder olvidar que era una de las primeras personas en ver de nuevo, después de miles de años, aquel lugar.

*Cuando pensaba que aquella sala no guardaba más sorpresas, captó una inscripción en la pared situada en el extremo opuesto de la cámara.*

*—«Fabius hic mortuus est» —leyó en voz alta—: Fabio murió aquí —tradujo segundos después.*

*Mientras todos seguían pendientes de la cámara, la mente de Clara no dejaba de hacerse preguntas. ¿Quién sería la persona que había grabado aquellas palabras?*

*—Fabio... —susurró en voz baja, consciente de que daría cualquier cosa por saber no solo a quién pertenecía ese nombre sino el motivo que había guiado sus pasos hasta la gruta y, sobre todo, por qué había perdido la vida en aquel lugar...*